



30 + 10

EXPOSICIÓN · ANIVERSARIO

Hasta el 18 de febrero de 2025



1.

Admitámoslo: una obra de arte es cosa bien rara. Convendrán conmigo en que, de entre todos los objetos que pueblan este extraño universo, ese que damos en llamar «obra de arte» es uno de los más extraños, misteriosos y escurridizos. Piensen en una cualquiera de su predilección, no importa la época, la disciplina artística, el género o la estética. Lo primero que puede suceder es que --más cuanto más contemporánea-- encuentren a alguien que, por motivos muy diversos, no esté dispuesto a concederle esa categoría, a considerarla como tal; una discrepancia nominal que raramente se da con la mayor parte de los objetos o entidades materiales de este mundo y que complica el asunto notablemente ya de entrada. Incluso, si en un cierto momento se diese un consenso más o menos general sobre aquello a lo que podemos o no llamar «obra de arte», tiende a ser un acuerdo precario. Bien podría suceder (como de hecho sucede) que un momento después la unanimidad se vea ya bajo sospecha o directamente impugnada por --pongamos-- un cambio de gustos estéticos, un estudio académico o una crítica iconoclasta, un cambio de atribución de autoría o una simple ventolera de las tendencias, la moda o el mercado. Por no hablar de las discrepancias entre contextos culturales o épocas históricas.

Pero supongamos además que, como también sucede con cierta frecuencia respecto a las obras que consideramos fijadas en un canon, haya un sólido acuerdo sobre la cualidad artística de un determinado objeto, y que el acuerdo permanezca aere perennis, imbatible e irrefutable, en todas partes y a lo largo de los siglos: he aquí, ante nosotros, lo que cualquiera en cualquier tiempo y en cualquier lugar está dispuesto a considerar «una obra de arte». Sin dudas, sin discrepancias, sin cuestionamientos. ¿Elimina nuestra certeza algo de la singularidad, la complejidad, el misterio, la esencia múltiple, proteica y elusiva de eso que sin duda consideramos como tal? En absoluto. Porque, aunque la etiqueta se mantenga firmemente adherida a ese objeto fascinante y magnético, puede significar cosas muy distintas, incluso contradictorias. Y no solo porque cada individuo o cada época pueda asignarle connotaciones diversas a la expresión «obra de arte» y a lo que eso comporta, sino porque el objeto mismo, parece ser en sí una entidad también polivalente, múltiple, cambiante. El estudiante de Filosofía que alguna vez fui me chiva: «No es una cuestión nominal, formal o funcional, sino metafísica, ontológica», pero no pienso hacerle mucho caso. Aun así, la verdad es que en este punto, uno puede ponerse estupendo, muy místico o muy cuántico, y ver en la obra de arte una entidad que alberga

una especie de insondable vida propia, una potencia inagotable para ser en sí misma, sin contradicción, infinidad de cosas y adoptar infinidad de estados en una especie de indeterminación esencial que solo se resuelve al contacto con una mirada concreta, una interpretación concreta, un contexto concreto, un uso determinado, cada experiencia singular e irreplicable que se obtiene en su presencia.

Una enumeración sumaria y al galope de eso que es o puede llegar a ser, sucesiva o simultáneamente, una misma «obra de arte» basta para desatar el vértigo: sin duda y de entrada, es un objeto capaz de movilizar poderosas y muy profundas reacciones sensibles, emocionales e intelectuales, pero, incluso sin provocarlas, es capaz también de inducir una admiración irresistible por su excelencia técnica, la fascinación del fetiche o directamente el ansia de posesión, la pura codicia. Puede ser un depósito extremadamente rico y fiable de valores culturales e históricos, de tradición, y un elemento altamente disruptivo, que sacude las formas de percepción y conciencia y crea nuevos lenguajes. Puede ser una fuente de conocimiento, de revelaciones últimas y trascendentes, y un soporte para las modas más banales. Un emblema de prestigio social y económico o una bandera de subversión. Un bien de lujo, un activo para inversores de alto poder especulativo, un artefacto de propaganda, el perfecto compendio de una cosmovisión. El testimonio de un estado íntimo o de una época completa. Una medicina de excepcional poder curativo o un tóxico peligroso y alienante. Una máquina de significados que cambia constantemente de significado según el contexto en el que se sumerja. Una cualidad intangible y un plus de intensidad existencial que se materializan de un modo igualmente polivalente, ambiguo y desconcertante: encarnados lo mismo en un trazo de pigmento en la pared de una caverna, un retablo religioso, un templo o un edificio civil, un lienzo o una hoja de papel, una videoinstalación o un plátano pegado a un muro en blanco con cinta americana (y ni siquiera el mismo plátano); una cualidad (o una esencia, un espíritu) que lo mismo puede alojarse en una superficie de pasta de óleo, una simple línea, una talla en madera, una pieza de mármol o ser, sencillamente, inmaterial, pura idea; ocupar el volumen de una pirámide o incluso no ocupar ninguno. Y, para colmo de confusión, lo que en cierto momento puede ser considerado un paradigma del mejor arte, y valorado como tal, puede dejar de serlo en apenas unos años (y, naturalmente, al revés: aquella pieza que en cierto momento pasó desapercibida, solo unas décadas después puede alcanzar pujas escandalosamente millonarias en una subasta). Este objeto que consideramos arte puede ser mirado, admirado, interpretado,

atesorado, sacralizado, demonizado, enarbolado, prohibido, y naturalmente, como cualquier otro objeto, comprado y vendido.

Pero lo que este objeto mutable y misterioso investido de cualidades que se antojan casi paranormales resulta ser, a través de todas esas manifestaciones confusas y contradictorias, es algo mucho más estable: el receptáculo y la matriz de un tipo muy particular de experiencia. Una experiencia sensible, emocional e intelectual, profundamente íntima y a la vez compartida; capaz de provocar estados tan gozosos, perturbadores o estimulantes, tan decisivos y tan influyentes a veces en la formación o la visión del mundo como, pongamos, el amor, la pasión intelectual, la ebriedad, la codicia material o el raptó místico. Algo tan enormemente singular que, por sí mismo, tiene el poder de influir hasta el fondo en nuestras vidas.

A su vez, esa singularidad extrema de la «obra de arte» ocupa el centro de un complejo sistema, y su influencia irradia de tal modo que convierte también en singulares cada uno de los elementos, los agentes y las interrelaciones que gravitan en torno a su influjo: el creador como el receptor, toda la densa malla de transmisores y mediadores entre uno y otro y entre las instituciones, la sociedad, el mercado, en una cadena de emanaciones y contagios mutuos que configuran un universo que parece a veces regirse por reglas ajenas al que habitamos de ordinario, y que sin embargo forma parte de muchas vidas de modo tan ordinario, tan cotidiano, como cualquier otra experiencia. O a veces, mucho más que aquello que consideramos la parte «ordinaria» de nuestras vidas. Cualquiera que viva con la pasión del arte, y más aún si se dedica profesionalmente a algo que tenga que ver con él, sabe perfectamente de qué hablo.

2.

¿Y por qué, se preguntarán con razón, esta parrafada de manual de estética al principio de un catálogo que debería estar conmemorando desde el principio los cuarenta años de dedicación profesional de una galerista? Sencillamente, para intentar hacer ver lo que hay en el centro mismo de esa dedicación y de sus consecuencias: lo que significan e implican cuatro décadas de exposición cercana y permanente a ese extraño objeto, la obra de arte, y en calidad precisamente de galerista.

Dentro del singular universo del arte, al galerista le corresponde sin duda uno de los mayores grados de singularidad. Es normal, incluso inevitable que así sea. Quizá no es algo que pueda pensarse cuando se considera que un profesional del ramo parece ser,

sin más, esa persona más bien plácida que vemos al otro lado del amplio ventanal de su galería, atareada sin aparentes apremios tras su diáfana mesa de diseño y en la casi submarina calma de la caja blanca de las galerías, rodeado de las obras de arte con las que comercia y en un establecimiento especialmente pulcro y agradable de cualquier céntrica calle comercial. Puede que lo veamos así, pero es, cada día más, una visión no solo engañosa sino anacrónica; porque el galerista, hoy, ya no puede permitirse vivir sentado, ni mucho menos confinado en el recinto de su sala. Su cometido opera ahora en una escala infinitamente mayor y más enrevesada; y en esa escala, la del endiablada-mente complejo y convulso sistema del que forma, su posición es tan central como la de la propia obra de arte.

De hecho, de todos los actores del sistema del arte es el único que forzosamente tiene contacto directo y permanente con todas las múltiples facetas de la obra misma, y con todos los demás agentes: artistas, coleccionistas, instituciones de todo tipo (políticas, académicas, culturales, financieras...), con críticos, prensa, mercados primarios y secundarios, técnicos especializados y, por supuesto, simples espectadores. Un galerista (se sobreentiende, un buen galerista) opera hoy en mitad del flujo horizontal entre la creación artística y la recepción en cualquiera de sus cauces y modalidades, y también en mitad de los flujos cruzados de convección entre el mercado y la difusión cultural, la empresa y la institución, la promoción mercantil y la industria cultural, el interés comercial y el puro servicio social. Y esas dinámicas de fluidos, cada vez más, vienen a ser tan estables y bonancibles como el propio clima en nuestros tiempos. Navegarlas, saber capear sus agitaciones, mantener todos los contactos abiertos y actualizados, adaptarse a ellas y seguir a flote es un ejercicio que comporta una serie tal de competencias, habilidades, mañas y coraje como para que cuarenta años de permanencia en este peculiar oficio –y lo que es más difícil: de crecimiento sostenido y sostenible-- puedan y deban ser celebrados como lo que son: una verdadera proeza.

Cuando Aurora empezó a trabajar con sus padres en la recién inaugurada Sala de Arte Van Dyck, era imposible que anticipase nada de esto. Ni ella ni nadie, por descontado. En aquel momento se trataba para ella de dar un paso más en el mundo fascinante que había empezado a descubrir cuando María de los Ángeles y Alberto decidieron tantear el mundo de la venta de arte con aquella experiencia del Apartamento de Ezcurdia 40, frente a la playa de San Lorenzo, que viene a ser la prehistoria de esta historia de cuatro décadas. Además de echar su buen cable repartiendo folletos a los transeúntes del Muro

o batallando por los mejores escaparates para colgar los carteles de las exposiciones, la jovencísima y avispada Aurora pudo ya entrever con intriga y no poca fascinación algo de un mundo que se salía un poco de este mundo en aquellas tertulias animadas y humosas que su madre regentaba en el apartamento, y también a sentir las primeras seducciones del arte.

Cuando sus padres dieron el salto y abrieron su propia galería en un bajo de la animada calle comercial Menéndez Valdés, ella les acompañó. Seguro que ser galerista no era su vocación (no conozco a casi nadie, o a nadie, que la haya sentido como tal hasta estar ya bien atrapado de un modo u otro en las redes del arte), pero en aquellos años primerizos pero de plena implicación en el negocio familiar fue descubriendo algo aún más poderoso que una vocación nativa: una vocación sobrevenida; el entusiasmo que acabó por enredarla en este oficio difícil, expuesto, no poco aventurero, retador y apasionante. Aprendió de la manera más efectiva posible: por el ejemplo, por el contacto directo y por la inmersión. Sus dotes naturales para la venta (que mejor que yo podría acreditar cualquiera de sus clientes, tanto más cuanto más difíciles) crecieron a la par que sus conocimientos, su gusto y sus descubrimientos personales y puramente artísticos; un doble proceso que, de no ser simétrico, acompasado y retroalimentado, no puede jamás hacer a un galerista completo y cabal.

El trato a pie de taller con los artistas, la experiencia de los montajes y las inauguraciones, el aprendizaje de la escenografía social y cultural, el trato con los coleccionistas, con los críticos y la prensa se fueron consolidando en ella al mismo tiempo que Van Dyck iba abriendo trochas entonces casi intransitadas en el calendario asturiano de exposiciones y en el gusto de los coleccionistas, en un panorama en el que las galerías eran aún pocas y más bien modestas: de los maestros asturianos, venerables o en ascenso, a la figuración costumbrista levantina, los pintores del canon capitalino en aquel momento y, muy poco a poco, pero con pie firme, la pintura de la vanguardia española, la histórica y sobre todo la de entresiglos, sin olvidar a consolidados artistas locales en activo o dignos de rescate; un proceso en el que la curiosidad y la apertura de miras de la joven galerista, su capacidad de persuasión, tenacidad y mano izquierda -y sobre todo, de nuevo, su entusiasmo- tuvieron un peso fundamental, siempre en equilibrio con las líneas fundacionales de la sala, pero en una espiral en constante expansión que acuñó ella fórmula de eclecticismo que Van Dyck adoptó como lema, incluso como marca de la casa.

Fueron también años de bonanza del coleccionismo asturiano, animado por instituciones y empresas, que la galería supo aprovechar: años también de complicidad con un público que dio más vida a la vida de la sala y convirtió cada inauguración en algo que hoy llamaríamos evento, pero que entonces se dejaba describir más y mejor como acontecimiento cultural, social y abiertamente festivo.

3.

Pero, como todas las espirales, si el giro es centrífugo y el movimiento permanente, la línea sigue expandiéndose indefinidamente y desbordando cualquier límite. Y así sucedió también en el caso de Van Dyck y de Aurora en particular. Mientras la sala ampliaba horizontes y se diversificaba con iniciativas como Propuestas Van Dyck, enlazaba importantes exposiciones individuales y colectivas o incorporaba decididamente a jóvenes talentos a su calendario habitual, el mercado del arte, como las tendencias artísticas mismas, había ido desplegando su propia espiral vertiginosa: una expansión uniformemente acelerada en la que la irrupción de Internet y la internacionalización del coleccionismo a través de las ferias de arte revolucionaron la práctica del galerismo sin remisión posible, en un contexto de crisis económica en el que los grandes clientes corporativos o institucionales se habían replegado, en el que la competencia había crecido y en el que el mismo panorama del arte asturiano había evolucionado aceleradamente en apenas dos décadas. La producción artística, las tendencias, el mercado, la clientela, los códigos de promoción y venta, la puesta en escena misma no podían seguir siendo los del modelo que había madurado y prosperado en Van Dyck, si es que se quería seguir progresando y no perder el fuerte cambio de los vientos.

Ese momento crítico que tuvieron que afrontar a toda prisa, sin brújula y sin apenas carta de marear todas las galerías ya consolidadas en los años ochenta coincidió con el momento también crítico en lo personal, para Aurora. El momento de la primera madurez: ese punto en el que se cobra una aguda conciencia de los tiempos vitales, del tiempo en general, y hay que tomar decisiones tan complejas como arriesgadas; el punto en el que es preciso encarar ese doble ejercicio, tan complicado, de leer con lucidez y honestidad el pasado, lo hecho, y el presente, preguntarse por los propios deseos y aspiraciones, y mirarse a la vez desde ese temible instante del propio futuro en el que uno se pregunta si, en su día, se fue capaz de hacerse esas preguntas y después dar el paso, o corresponde por el contrario asumir la amargura del arrepentimiento por no haberlo hecho. Afrontar todo esto, en el caso de Aurora, creo que podría ser descrito como una

crisis de crecimiento, pero más aún de emancipación. Si, para Aurora, ese «temible instante» del futuro cayese, más o menos por estas mismas fechas, si ella acaso se estuviese haciendo aquella pregunta ahora, en la efeméride de este cuadragésimo aniversario de su dedicación a este oficio (a esta vida), la respuesta estaría muy clara. Supo lo que quería hacer y se atrevió a hacerlo. Dio el paso. Y los años transcurridos desde entonces, los mismos de la existencia de su propia galería, son el aval que certifica que puede responderse eso mismo sin ninguna complacencia. No fue, ni mucho menos, fácil, ni en lo profesional ni en lo sentimental. No lo ha sido y sigue sin serlo. Con el bagaje de Van Dyck –lo cual viene a significar: con el legado familiar siempre presente y operante a las espaldas-, Aurora se lanzó a coger la ola de su momento, a una labor de sintonía plena entre su tiempo vital, su momento profesional y su tiempo, este tiempo.

El lema al cual se acogió al emprender su propio proyecto no puede ser más elocuente: «Un nuevo espacio, la misma filosofía». Pero esa declaración de principios también estaba sujeta a la mudanza de los tiempos. Si la «filosofía» aprendida de sus padres –básicamente, una ética del trabajo, el trato y la responsabilidad con artistas y compradores- ha sido una *philosophia perennis* que se aplicó sin dificultad a la promoción de nuevos creadores, nuevas disciplinas artísticas y nuevas apuestas personales, la galerista pronto tuvo que asumir que el «nuevo espacio» era mucho más extenso y retador que el aireado y luminoso bajo del chaflán de Capua donde se instaló. La sala ya no era suficiente para mantener la actividad y responder adecuadamente a desafíos también nuevos. Y, aunque las exposiciones se hayan sucedido sin interrupción durante esta década en el *sitio solariego*, Aurora comprendió casi al momento que una galería ya no puede ser solo el white cube y el céntrico y comfortable recinto en el que exhibir las obras o propiciar compradores y visitantes. Los muros de una galería pueden seguir siendo esos, pero tienen que ser necesariamente también los paneles de un stand en cualquier feria de arte de cualquier punto del planeta, o los inconsútiles muros de la Red. Esta sala de Capua permanece como sala física de exhibición y encuentro, pero también sede de marca, centro de operaciones, logística y planificación, casi refugio temporal y transitorio en el ya permanente nomadismo de las ferias o en las idas y venidas del *showroom* madrileño que, a su modo, viene a cerrar el círculo con aquel apartamento de Ezcurdia 40 donde empezó todo.

4.

Cuarenta años dan para mucho. En cuarenta años de la vida de cualquiera cabe mucha

vida. En cuatro décadas, hasta el más tranquilo, sedentario y acomodaticio de los mortales, lo quiera o no, cambia radicalmente: uno aprende y olvida, gana y pierde, hace y padece, muda, evoluciona o involuciona. Y esos procesos, por supuesto, son infinitamente más intensos en experiencias para alguien que, por carácter, disposición u oficio, rehuye el quietismo y no esquivo los retos. No sé si el talante de Aurora era este último antes de iniciar su trabajo como galerista, seguramente sí; lo que sí estoy en condiciones de asegurar es que el hecho de serlo ha favorecido como ningún otro factor en su vida un caudal de cambios y acontecimientos, crecimientos y aprendizajes, ilusiones y decepciones, logros y errores que no hubiese experimentado en ninguna otra dedicación profesional. No se trata, en este caso, de que el trabajo devore o anule el resto de la propia vida, sino más bien de que la experiencia que proviene del trabajo se trencé de una manera tan íntima con la experiencia vital que no hay forma de distinguir una cosa de la otra. No es la dialéctica perversa que delata quien proclama «el trabajo es mi vida» o se lamenta del «vivo para trabajar» sino el hecho de que, con independencia de la entrega profesional, los horarios laborales o las exigencias del oficio, este configure tanto tus valores, tu carácter, tus aptitudes y actitudes, como cualquiera de las experiencias extralaborales a las que todos concedemos estatuto de experiencias vitales. Y esto tiene mucho que ver –prácticamente todo- con haber elegido un oficio en permanente exposición al arte, a esos objetos extraños que he intentado describir al principio de este texto y a todo lo que les rodea.

Un galerista, un buen galerista, es por fuerza un profesional de muchas caras, un ser de encrucijada en permanente movimiento entre algunos de los intrincados y a menudo difusos enclaves y funciones que dan vida al sistema del arte, en órbitas que cambian constantemente en torno a su núcleo. En una extraña afinidad con el carácter indeterminado y multidimensional de la obra de arte, un galerista tiene que existir también en una especie de estado de indeterminación que se resuelve solo momento a momento, en función de lo que se requiera en cada uno de ellos; y cada uno de esos estados exige competencias y cualidades muy distintas, al borde mismo de la incompatibilidad. Porque, naturalmente, un galerista sigue siendo hoy ese profesional que comercia con arte como el viejo marchante de siempre, pero es a la vez y cada vez de forma más indistinguible, mucho más que todo eso: un promotor (y a veces cuidador y hasta terapeuta) de artistas, un ojeador que ventea tendencias y descubre nuevos creadores, un productor y mediador cultural dispuesto a aparecer en primera línea, un coleccionista, un experto en

márketing y relaciones públicas y un profesional en permanente formación que, en los casos más sobresalientes, llega a determinar como ninguno otro agente –salvo el mercado secundario de las grandes subastas– lo que sucede y no sucede en el enloquecido y singular universo del arte.

Como todos los galeristas serios en este momento, Aurora tiene que ser a la vez espectadora, crítica, estudiosa, coleccionista, promotora y divulgadora de arte; y ello a su vez exige desplegar una serie de competencias y cualidades que no se aprenden en ningún máster, a base de intuición, criterio, honestidad, dotes de persuasión y comunicación, cultivo de la confianza a muchas bandas, capacidad de adaptación y resiliencia y, por supuesto, destreza empresarial y una responsabilidad de fondo sin cuyo aval el resto no podría funcionar. Son virtudes que no se improvisan y que, comprensiblemente, provienen de la propia experiencia vital y a ella revierten. Y estoy convencido de que la fuente última de energía, el origen de la pasión que se necesita para no desmayar en todos esos cometidos, está en aquella cualidad intoxicante, contagiosa e inagotable del arte, de los objetos en los que se encierra y se manifiesta, capaces de recargar las pilas atómicas incluso cuando uno pueda llegar a fatigarse de todo aquello que gira en torno a él. Creo que, desde este punto de vista, se entiende perfectamente que en realidad lo que estamos celebrando no son sin más cuarenta años de oficio, sino sencillamente cuarenta cumplidos años de vida alimentados y configurados por el arte.

5.

Escribo todo esto no como especialista en nada, como crítico o periodista, como colaborador honrado con tantas ocasiones de *felice recordación* en compañía de Aurora, ni siquiera como amigo: lo escribo como mero testigo; al menos, de treinta de estos cuarenta años. La conocí alguna mañana de finales del invierno o principios de la primavera de 1994, el año en que la sala Van Dyck celebraba sus primeros diez de existencia y yo apenas llevaba un año avencindado en Gijón y unas semanas como redactor debutante en la edición local de *La Nueva España*. Yo también acababa de cumplir treinta años entonces y -al entrar por primera vez en aquel establecimiento de la calle Menéndez Valdés, a la vez acogedor y un poco intimidante para el plumilla más bien tímido-- no tenía manera de sospechar que la cálida acogida que se me dispensó era el primero de los muchos recuerdos acumulados de primera mano durante estos otros treinta años y que evocarlos sin ningún tipo de documentación suplementaria me iba a bastar para escribir todo esto sin mirar más papeles que los de la propia memoria. Porque, salvo, por

los periodos en los que uno ha cultivado un retiro de los mundos y mundanidades del arte no sé si saludable, pero a menudo muy necesario, desde aquel día y en esas tres décadas también he estado permanentemente expuesto a las irradiaciones de lo artístico, sus fenómenos y sus epifenómenos, y he experimentado (¿sufrido? ¿gozado?) de sobra el modo en el que su influjo es capaz de infiltrarse en las cabezas, los cuerpos y, en definitiva, las vidas; y una parte fundamental de esa experiencia la he vivido junto a Aurora o gracias a ella, en inauguraciones, visitas previas junto a los artistas y presentaciones al alimón, escribiendo como periodista sobre la actividad de la galería o aprendiendo a jugar al crítico de arte (que no soy) en textos de catálogo (el primero de los cuales redacté, por cierto, a petición suya poco después de aquella mañana fundacional en Van Dyck).

Si me permito esta intrusión biográfica es solo con el fin de autentificar por la propia experiencia todo lo antedicho y desmentir cualquier sospecha de hagiografía y texto de encargo; con el fin de declarar, desde esa condición de testigo y también de modesto *asteroide* atrapado en el sistema solar del arte y afectado por sus irradiaciones, que lo que esta exposición celebra son –insisto– mucho menos cuarenta años de profesión que cuarenta años de vida, de *arte de ir viviendo* bajo el extraño y poderoso influjo y la gravitación irresistible del arte y de todo lo que el arte mueve, todo lo que el arte enseña y todo lo que en el arte se agita y cabe. Una experiencia que, incluso sin que seamos del todo conscientes de ello, modela la vida: no en el sentido romántico, finisecular o vanguardista que aspiraba a la fusión de arte y vida o a la conversión de la vida en obra de arte, sino en un sentido mucho más humilde, aunque no menos profundo. Quiero decir, que lo que Aurora es y el modo en que lo es, la forma en la que ha encauzado y desarrollado su vida, resulta inseparable de su dedicación como galerista y de lo que ha vivido, aprendido y desaprendido como tal, en permanente *exposición* a ese objeto desconcertante, numinoso y extraño al que ella ha dedicado toda su vida profesional. Lo cual debería leerse no como una declaración de que el oficio ha colonizado su vida, como quien invade indebidamente la intimidad o un ámbito ajeno, sino más bien como una simbiosis o una retroalimentación donde ya es imposible distinguir el origen del intercambio: todo lo que ha hecho y conseguido como galerista ha estado imbuido de su carácter y su forma de entender y vivir la vida, y su forma de entender y vivir la vida ha ido modelándose en mucho de lo esencial en el interior del singular universo del arte. Por eso, con el mismo derecho con el que podría decirlo un artista, esta galería es

la obra de su vida.

6.

La exposición con la que Aurora ha querido conmemorar todo esto, y seguramente muchas cosas más, podría haber sido perfectamente una muestra concebida desde el criterio cronológico, antológico y sentimental. No ha sido así, y me parece un acierto. Es verdad que hay artistas en ella, como Luis Gordillo, que viene a funcionar como puente o engarce entre la última etapa de Van Dyck –y uno de los momentos estelares de la vida de aquella galería y, sin duda, de la vida profesional de Aurora- y la andadura que después emprendió ella en solitario. Y que hay otros nombres que emblematizan perfectamente la actitud de apuesta y búsqueda que emprendió en ese momento, y que han formado parte esencial de la nómina de sus artistas en estos años; como hay también ejemplos de la apertura de la galería a disciplinas como la escultura y la fotografía, su atención al arte hecho por mujeres y la incorporación constante de nuevos nombres, en crecimiento o en plenitud creativa, así como el compromiso con la contemporaneidad, la búsqueda de aquellos mismos «nuevos valores» que agitó los últimos años de Van Dyck y la amplitud de criterios que, desde la exigencia y el rigor, han marcado el norte después. El elenco explica esto por sí solo: Gordillo, Ismael Lagares, Edgar Plans, Mario Soria, Samuel Salcedo, Santiago Picatoste, Salustiano, Moisés Yagües, Eva Pollato, Juan Manuel Fernández Pinedo, Alejandra Glez, Soledad Cordoba, Gonzalo García, Tadanori Yamaguchi, Ernesto Knorr...

Me pregunto qué hubiese sentido y pensado la joven Aurora que hace cuatro décadas veía a sus padres abrir las puertas de su galería al contemplar una exposición como esta en su propia galería; el vértigo que hubiese sentido al intentar entender todo lo que debería haber sucedido en esos cuarenta años –en el mundo del arte, en su profesión y en su vida-- para llegar a este escenario, a este punto, a esta muestra. Hoy, en retrospectiva, es (más o menos) fácil responder a eso y construir el relato de lo que ha sucedido. Pero estoy seguro de que, aun así, incluso con ese conocimiento de los hechos, hoy Aurora siente un vértigo distinto: el de todo lo que efectivamente ha cabido en este largo tiempo, en la tupida malla de experiencias que se han tenido que vivir para llegar hasta aquí, y en la mezcla de satisfacción y estupor que provoca el hecho incontestable de que todo haya sucedido por su propia mano: el hecho incontestable de que ella es –sobre todo, hoy- la autora de esta obra que sigue haciéndose, siempre en proceso. Ni más ni menos que la propia vida.

Una vida que es arte, un arte que es la vida

Paché Merayo

Hay vidas que van hilvanando miradas comunes, otras, más singulares, las construyen brillantes y al transcurrir el tiempo, en lugar de hebras ajadas muestran maravillosas costuras. Son vidas complejas y completas, vidas apasionadas, extraordinarias, que buscan siempre la luz. A veces la hallan fuera y consumen con respiración profunda su destello, pero otras, como en el caso de Aurora Vigil-Escalera, esa luz habita dentro. Es fácil adivinarla en su sonrisa, en sus ojos y en sus palabras. En esa alegría resplandeciente con la que encara los retos, por intrincados que sean. En ese entusiasmo con el que celebra, en este 2025, 40 años de arte. De arte disfrutado, sentido, buscado, descubierto... Y también crecido, porque Aurora, desde su galería junto al mar de Gijón, al que se asoma en la calle Capua, y desde su espacio lindando a El Retiro, de Madrid, no solo ha reunido a los mejores artistas del pasado siglo y a los que dibujan lo mejor del presente. También ha ido abriéndole camino a aquellos en los que vio talento emergente y que con su experiencia apoyando sus pasos han ido dejando huellas de gigante, convirtiéndose a su lado en creadores de renombre internacional. Es el caso, por ejemplo, de Ismael Lagares y recientemente el del asturiano Iván Quesada, que ha protagonizado una progresión sin precedentes en poco más de un año, o de Francisco Mayor Maestre, aplaudido en todas partes. La premiadísima y joven fotógrafa Alejandra González o el singular escultor Mico Rabuñal también integran ese grupo en el que un día la galerista puso la mirada y el mimo para acompañarles en la ruta. A veces, no solo promocionándoles y exponiendo sus obras, sino también produciendo sus creaciones para que salieran adelante y no abandonaran en los malos momentos.

Mirar atrás a veces es un ejercicio triste, melancólico, pero también necesario. Se sienten las pérdidas, pero se renuevan los sentimientos por los logros; se lloran las ausencias, pero se consolidan los orgullos. Es imposible no recordar a personas queridas que no están, aunque sigan habitando el corazón, como Angelines Pérez, la recordada galerista y la madre querida, alma de la sala de arte Van Dyck, con la que Aurora emprendió esta aventura de ya cuatro décadas. Con ella y con su padre, Alberto Vigil-Escalera. "Fueros los mejores maestros que pude tener y de los que aprendí el sentido de la responsabilidad, el rigor, la seriedad, la ilusión y, sobre todo, la pasión por el arte", dice siempre honrada por ese legado, buscándose mentalmente en las fotografías de los tres juntos, en los recuerdos de aquella legendaria galería de la calle Menéndez Valdés. Y antes, en el piso de Ezcurdia 40, que también miraba al mar, y donde todo empezó realmente. Donde a Aurora Vigil-Escalera, que entonces era una niña, el mundo del arte se le revela-

ba como el escenario más bello del mundo y al que no querría nunca dejar de mirar.

Desde entonces hasta llegar a este 40 aniversario, el '30+10', título con el que se determina con exactitud las dos trayectorias de la galerista sumadas, desde los orígenes en Van Dyck, se han escrito mil historias, la mayoría de ellas en las paredes que determinan en Gijón su unión con el mundo del arte, porque es en ellas donde ha mostrado su manera de entender la creación. Con una pandemia, que no hay que olvidar, en mitad del camino, y de la que también salió reforzada porque abrió nuevos senderos gracias a la tecnología y al mantra de que nunca hay que rendirse, Aurora Vigil-Escalera se ha mantenido en sus máximas: Difundir el arte en todos los rincones donde se la quiera escuchar. De hecho, ya ha abierto brechas en lugares como Miami, donde recientemente se convirtió en una de las galerías más visitadas y con más éxito. También ha llevado a sus artistas a Dubai, Lisboa, Lima,...y por supuesto a Madrid, donde el triunfo de sus propuestas es impresionante, año tras año.

Difundirlo, además, en todas sus disciplinas, como muestra claramente la exposición que ahora está en cartel y que reúne a una larga veintena de artistas, desde Gordillo y Genovés y Chema Madoz, a Soledad Córdoba, Edgar Plans, Lisardo o Tadanori, pasando por la maestría de Gonzalo García, heredero directo de la técnica escultórica con la madera de Navacúes, la alquimia de Picatoste, la energía en acero de Ernesto Knorr, el surrealismo medio animal, medio humano, de Samuel Salcedo, la creatividad de otro mundo de Mario Soria, la apabullante realidad de Salustiano, la bondad escultórica de Carlos Albert, la divertidísima pintura de Yagües y Rosa Amores, o la excelencia de Gorka García. Parecen mucho, pero aún queda un largo etcétera para definir los 40 años que se cumplen. En ellos, además, han tenido podio especial Canogar, Tapies, Genovés, Miró, Antonio Saura, Juan Barjola, Rubio Camín, Farreras, Manolo Millares... por poner solo algún ejemplo de los principales. A ese grupo pertenecen también dos académicas de la Real de San Fernando, como la fotógrafa Isabel Muñoz, en la nómina de la galería desde hace años, y Rosa Brun, que ingresaba en la Academia casi a la vez que en la familia de Aurora Vigil-Escalera Galería de Arte.

Ella, como el resto de los creadores, mantienen su unión con el espacio gijonés y más aún con el alma de ese lugar, por muchas razones. Otra de ellas es la querencia por participar en un espacio vivo y dinámico, que no se estanca nunca. Ni siquiera en los grandes nombres, ni en los lenguajes que pertenecen al pasado. La máxima es seguir aprendiendo del presente y caminando y buscando. Generando intercambios y sinergias

con otras instituciones, con otros escenarios. Manteniendo un compromiso con la innovación y siempre y por encima de todo con la calidad y la honradez de quien llega al arte, como la propia Aurora, porque el arte se metió en sus venas.



PINTURA



Rosa Amores

Somnoscencias de una clase 5

46,5 x 29,5 cm
Mixta sobre tabla
2022



Rosa Amores

Meditations for fly

30 cm ø

Óleo y rotulador sobre lienzo

202



Cherry Blossom Wind

30 cm ø

Óleo y rotulador sobre lienzo

2023



Juan Díaz

Niebla en el Huerna

25 x 20 cm (38 x 33 cm marco)

Acuarela

2020



Juan Manuel Fernández-Pinedo

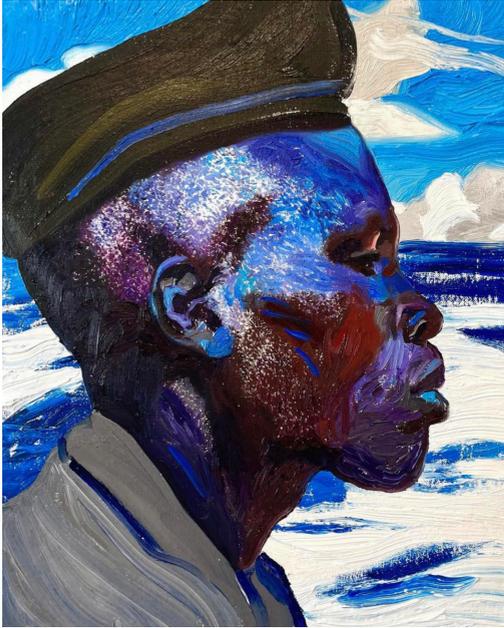
Simon

41 x 33 cm
Óleo sobre lienzo
2024



Imani

41 x 33 cm
Óleo sobre lienzo
2024



Juan Manuel Fernández-Pinedo

Soldado

41 x 33 cm
Óleo sobre lienzo
2024

Agüita de coco

33 x 41 cm
Óleo sobre lienzo
2024



Juan Manuel Fernández-Pinedo

La pesca de Sisha

60 x 73 cm
Óleo sobre lienzo
2024



Juan Manuel Fernández-Pinedo

Maternidad con Baobab

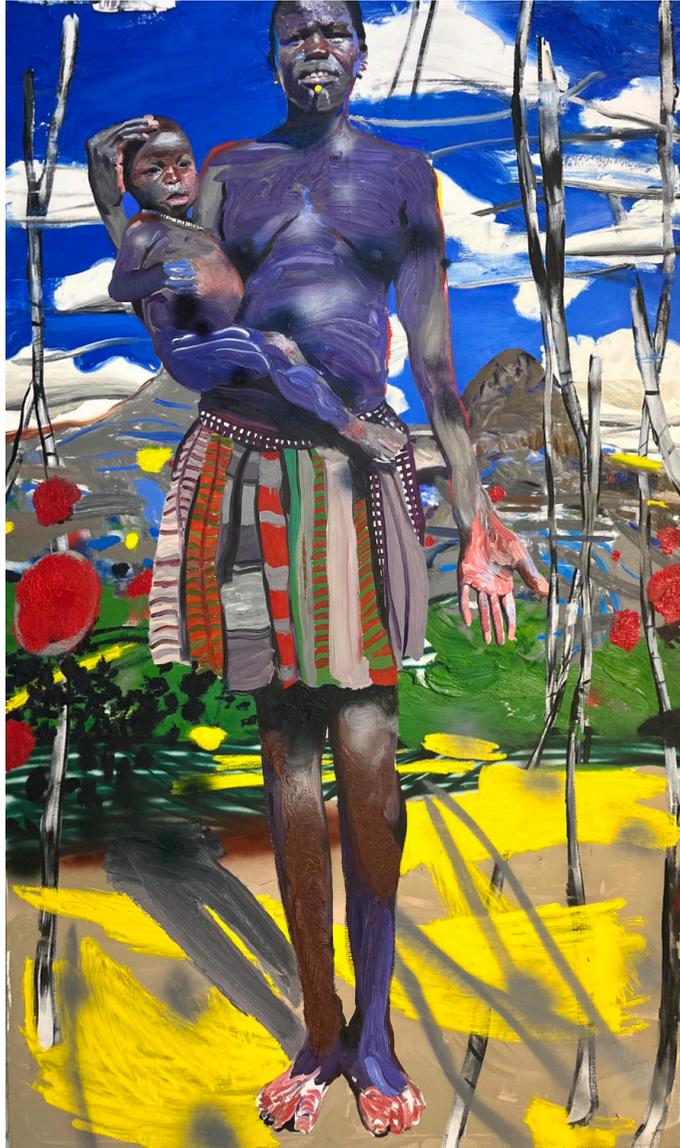
195 x 150 cm
Óleo sobre lienzo
2024



Juan Manuel Fernández-Pinedo

Maternidad con Baobab II

195 x 150 cm
Óleo sobre lienzo
2024



Juan Manuel Fernández-Pinedo

1* Maternidad

250 x 150 cm
Óleo sobre lienzo
2024



Gorka García

Sobre dioses devastados II

82 x 108 x 12 cm

Óleo sobre tabla y pan de oro

2023



Ismael Lagares

Red and Yellow XI

86 x 86 cm

Óleo, cerámica y técnica mixta sobre lienzo

2021



Ismael Lagares

White V

86 x 86 cm

Óleo, cerámica y baño de oro 24k sobre lienzo

2023



Francisco Mayor Maestre

Sacan las uñas y dicen miao II

30 x 30 cm

Óleo, grafiti, spray, cera y collage sobre tabla

2024



Francisco Mayor Maestre

Situación irregular II

45 x 35 cm

Óleo, grafiti, spray, cera y collage sobre tabla
2024



Situación irregular III

45 x 35 cm

Óleo, grafiti, spray, cera y collage sobre tabla
2024



Francisco Mayor Maestre

Quiero bailar toda la noche

120 x 100 cm

Óleo, grafito, spray, cera y collage sobre tabla

2024



Santiago Picatoste

ATLAS Black

40 x 40 cm

Mixta sobre metacrilato

2024



Santiago Picatoste

ATLAS Bordeaux

50 x 50 cm

Mixta sobre metacrilato

2017



Iván Quesada

Marineros en tierra

116 x 89 cm
Acrílico sobre lienzo
2024



Carol Solar

Casi nunca pienso en ti

30 x 30 cm

Acrílico sobre tabla, marco de metacrilato

2022



Anita Suárez De Lezo

Vitamina B (Serie Colornection)

154 x 124 cm

Acrílico sobre lino con oro 24k

2024



Anita Suárez De Lezo

N.01 (Serie Inmersia)

122 x 92 cm

Acrílico sobre lino con oro 24k

2024



Anita Suárez De Lezo

N.02 (Serie Inmersia)

122 x 92 cm

Acrílico sobre lino con oro 24k

2024



Anita Suárez De Lezo

N.01 (Serie Spectra)

124,5 x 94,5 cm

Acrílico sobre lino natural con oro 24k

2024



Javier Torices

Espuma y ola 12:10

70 x 70 cm
Acrílico sobre tabla
2023



Moisés Yagües

Rothko in progress

40 x 40 cm
Acrílico sobre lino
2024



Moisés Yagües

The Artists and The Monster

40 x 40 cm
Acrílico sobre lino
2024



ESCULTURA



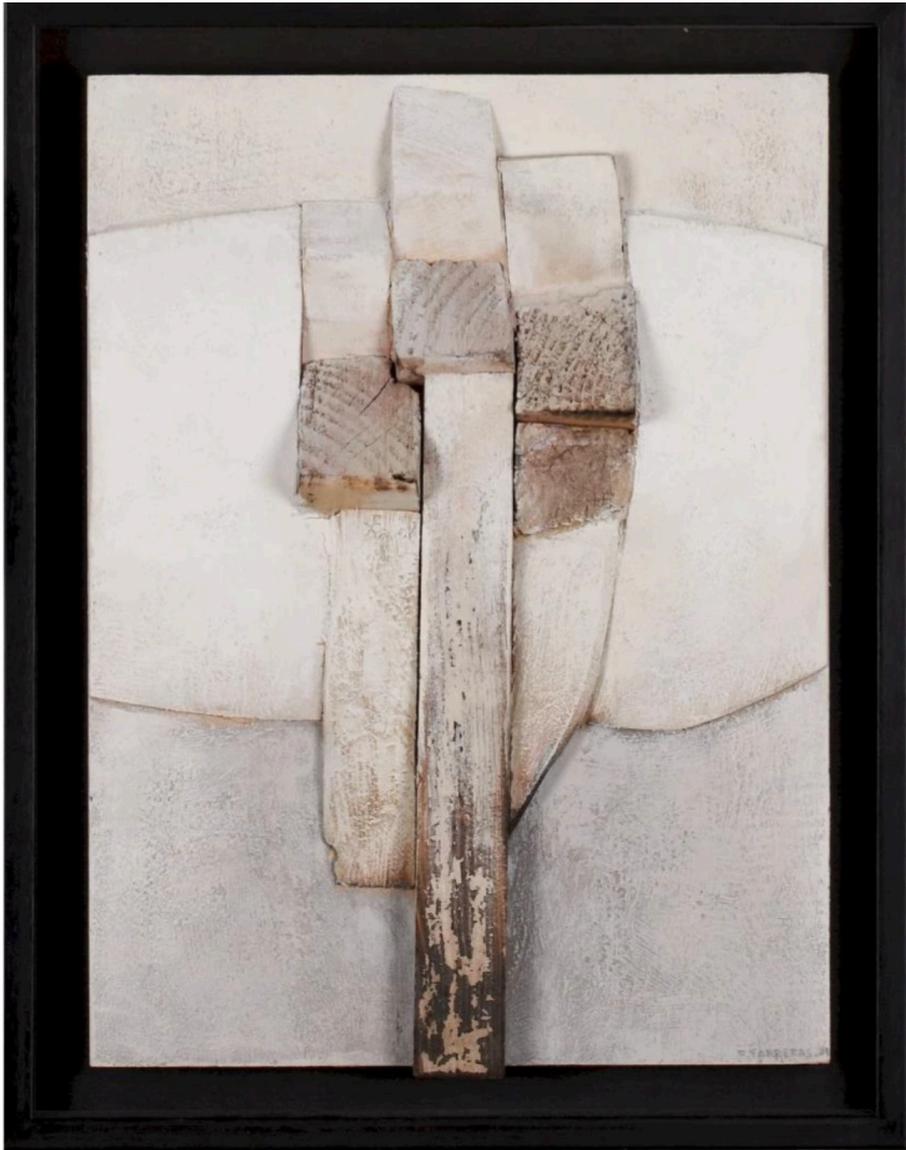
Carlos Albert

Sunset

28 x 32 x 11 cm

Hierro forjado pintado

2020



Francisco Ferreras

Relieve 535 A

40 x 30 cm

Relieve en madera

2023



Gonzalo García

Goliata-sur-Mer

152 x 77 x 68 cm

Madera y cucho

2012



Ernesto Knorr

Proyecto A 2

31 x 12 x 7 cm

Acero

2018



Ernesto Knorr

Proyecto A 3

27 x 13 x 6 cm

Acero

2018



Ernesto Knorr

Mural 2

185 x 120 x 45 cm

Acero

2024



Lisardo

ST

32 x 23,5 x 17 cm

Hierro y acrílico

2010



Edgar Plans
Artist

42 x 38,5 x 28,5 cm

Escultura

Ed. de 40



Samuel Salcedo

Toy teddy bear

35 x 10 x 10 cm

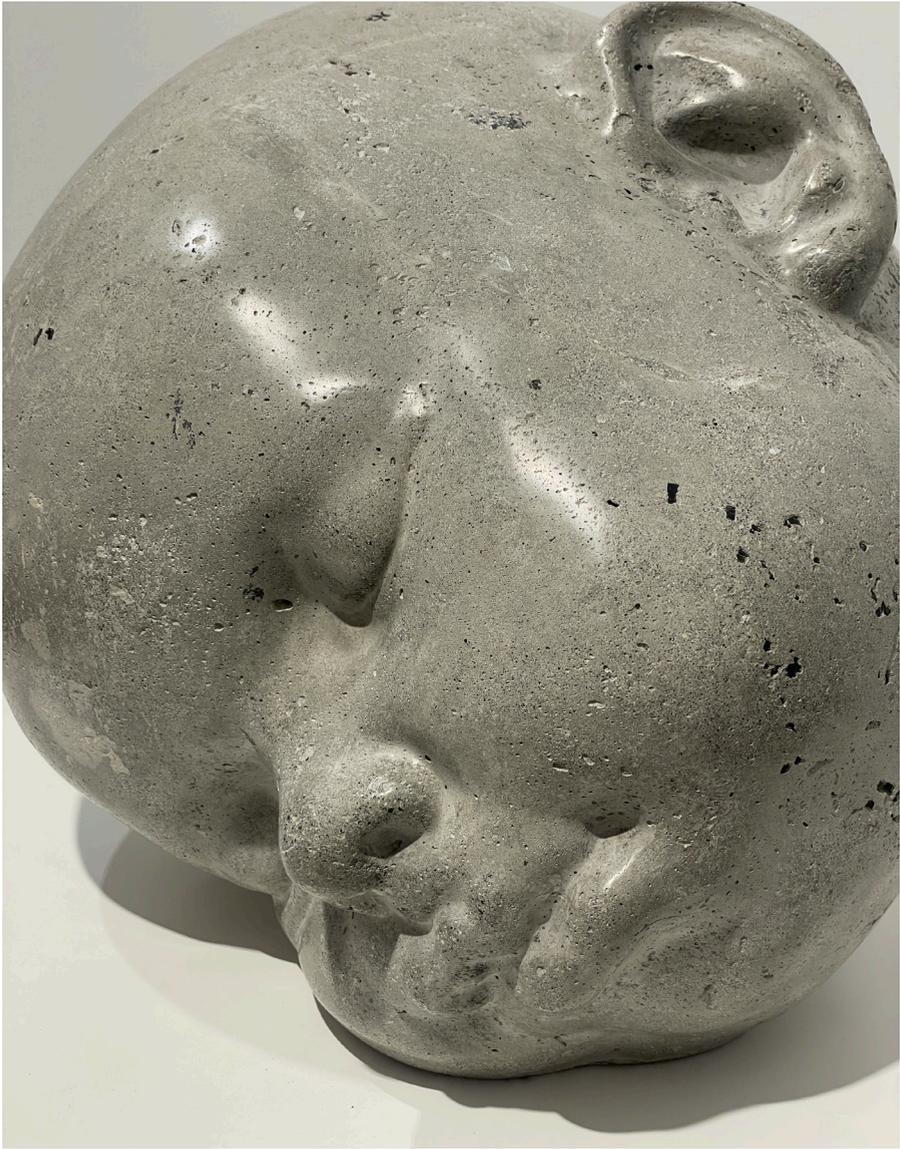
Resina de poliuretano policromada. Ed. de 7



Toy bunny

31 x 12 x 10 cm

Resina de poliuretano policromada
2023



Samuel Salcedo

Rock II

43 x 40 x 50 cm

Cemento

2023



Mario Soria

Love me retender

20 x 12 x 12 cm

Óleo sobre impresión 3D

2024



Tadanori Yamaguchi

Sankaku to short to ao

25 x 25 x 25 cm

Mármol blanco con resina y pigmento azul

2024



Tadanori Yamaguchi

Ali souseki

30 x 30 x 30 cm

Mármol blanco con resina y pigmento azul

2024



Tadanori Yamaguchi

Ola negra

25 x 25 x 25 cm

Mármol negro de Calatorao

2024



Tadanori Yamaguchi

Llama blanca II

45 x 45 x 3 cm

Mármol negro de Calatorao

2020



FOTOGRAFÍA



Soledad Córdoba
Peregrina VI

100 x 150 cm

Tintas pigmentadas en papel baritado sobre dibond. Ed. de 5
2019



Chema Madoz
ST

60 x 50 cm (83 x 73 cm marco)

Fotografía en blanco y negro sobre papel baritado virado al sulfuro. Ed. de 15
2008



Chema Madoz
ST (Nube)

60 x 50 cm (83 x 73 cm marco)

Fotografía en blanco y negro sobre papel baritado virado al sulfuro. Ed. de 15
2008



OBRA GRÁFICA



Juan Genovés y Pablo Genovés

G+G #3

74 x 60 cm

Fotografía de Pablo Genovés intervenida a mano por Juan Genovés. Ed. de 10
2019



Juan Genovés

Atemporal

60 x 74 cm

Giclée sobre Hahnemühle muy intervenido a mano por el artista. Ed. de 10
2018



Edgar Plans

At night

30 x 48 cm (40,5 x 59 cm con marco)

Obra gráfica

PA

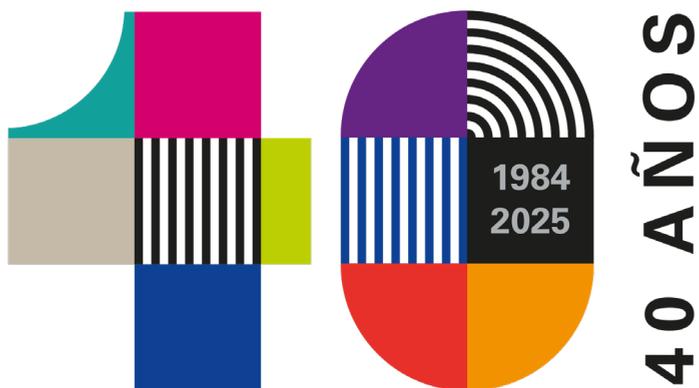


Salustiano

Presente Pluscuamperfecto 3

81,8 x 61,3 cm

Impresión pigmento medio sobre Hahnemühle BB.AA. Albrecht Dürer 210 gr. Ed. de 50
2017



CATÁLOGO

EDITA

Aurora Vigil-Escalera Galería de Arte
Capua, 21
33202 Gijón

Tfnos.: + 34 985 344 943 / + 34 667 749 915

Instagram y Tiktok: @AVEartgallery

E-mail: aurora@vigilescalera.gallery

TEXTOS

Juan Carlos Gea

Paché Merayo

COMISARIADO

Aurora Vigil-Escalera

MONTAJE EXPOSICIÓN

Equipo Aurora Vigil-Escalera Galería de Arte



Aurora Vigil-Escalera

Galería de Arte

Capua, 21 (Gijón)

Tfnos.: 667 74 99 15 / 985 34 49 43

www.vigilescalera.gallery

aurora@vigilescalera.gallery

Síguenos en redes sociales: @AVEartgallery

